



## LA LITERATURA LATINOAMERICANA EN EL PROYECTO EDITORIAL DE LOSADA

**José Luis de Diego**

IdIHCS (Universidad Nacional de La Plata-Conicet)

lamy@speedy.com.ar

Ya es sabido: por efecto de la Guerra Civil se produce una paralización en la industria editorial española, lo que provocó la pérdida creciente de mercados externos; esta circunstancia representó una oportunidad que las editoriales argentinas y mexicanas supieron aprovechar a lo largo de más de treinta años. Con diferencia de unos pocos meses, entre 1937 y 1939 se fundan en nuestro país Espasa-Calpe Argentina, Losada, Sudamericana y Emecé, sellos que marcarán el ritmo de lo publicable en el campo de la literatura hasta bien entrados los sesenta. Sobre esa coyuntura y sus efectos se ha escrito mucho; menos, sin embargo, se conocen las relaciones editoriales (que implican la doble faz de culturales y comerciales) entre España y Argentina *antes* de la Guerra Civil. Trabajos más o menos recientes, como los de Ana Martínez Rus (2001), Fernando Larraz (2007, 2010) y Fabio Esposito (2010), han ido cubriendo con detalle ese período poco transitado. Sintetizaré a continuación esos valiosos aportes para intentar comprender en qué condiciones de mercado surge la editorial Losada.

Si se observan los lugares de edición que figuran en el documentado *Anuario Bibliográfico* que Alberto Navarro Viola publicó en la primera mitad de la década de 1880, se puede advertir la emergencia de un puñado de editores, como Pablo Coni, Carlos Casavalle o Martín Biedma, que parecen monopolizar buena parte de la producción de libros. Sin embargo, la precariedad técnica con que se editaba imponía límites evidentes: productores nacientes de libros de baja calidad que, cuando la elite ilustrada requería libros de alta factura, debían o bien editar fuera del país o bien importar insumos, los que encarecían notablemente su costo. Por aquellos años, algunos editores inmigrantes, como Wilhelm Kraft y Jakob Peuser, serán los encargados de importar maquinarias de avanzada e iniciarán un proceso de modernización de la industria. Hasta entrado el siglo XX, los libros de calidad se encargaban a Garnier Hnos., Bouret o Hachette en París; o se editaban en Leipzig o en Londres. En este contexto, la industria española demoró en reaccionar hasta los



años veinte. Algunas voces aisladas comenzaron a alertar sobre la necesidad de expandir el libro español hacia América; esa iniciativa se fundaba en una doble argumentación. Por un lado, se trataba de una oportunidad económica: conquistar un mercado que, aunque poco aficionado a la lectura, constituía un número nada desdeñable y compartía con la ex-metrópoli la lengua y ciertas tradiciones culturales. Por otro, a casi un siglo de las revueltas emancipatorias y desde una España que había perdido sus últimas posesiones de ultramar, la oportunidad económica se disfrazó de misión del espíritu, de puente cultural y aun de patronazgo moral. Como afirma Fernando Larraz, se trataba del “establecimiento forzoso de una tutela no pedida” (2007: 135). Con ese fin, se procuró abrir el cauce comercial a través de viajes exploratorios y promocionales. Así, los nombres de Rafael Altamira, Joaquín de Oteyza, Julián Urgoiti, Manuel Aguilar, José Venegas y Pedro Sainz Rodríguez, entre otros, suelen ocupar un lugar privilegiado entre los viajeros que fueron consolidando corresponsalías y sucursales de las casas editoras españolas en América y, en dirección contraria, facilitaron la edición de autores americanos en España (como fue el caso de los argentinos Hugo Wast, Enrique Larreta y Manuel Gálvez). Así, de una “tímida expansión”, según Larraz (2007: 133), que protagonizaron sellos como Hernando, Calleja, Sopena o Sempere, se pasó a una “gran expansión” (Martínez Rus, 2001: 270) durante la década de los veinte. De ese segundo momento, sobresalen la presencia de CALPE, cuyo rápido crecimiento se inició en 1922, poco antes de la fusión con la barcelonesa Espasa, y que se instaló en Argentina en 1926; y la CIAP (Compañía Iberoamericana de Publicaciones). Creada en 1928 y de vertiginosa expansión, la CIAP consolidó su afán monopolístico a través de una creciente cadena de librerías y de la distribución en América de numerosos sellos; sin embargo, ese afán resultó efímero: la quiebra de su socio capitalista, la Banca Bauer, llevó a la empresa a la suspensión de pagos y a su desaparición en 1931. Como uno de los hitos más significativos de ese proceso de expansión previo a la Guerra Civil, cabe destacar que en 1935 se instaló en Buenos Aires el Depósito General de Representación de los sellos Salvat, Gustavo Gili y Sopena, con la dirección de Joaquín de Oteyza.<sup>1</sup>

A pesar de la voluntad de editores, viajeros y representantes, las dificultades con el comercio de libros en América se multiplicaban, y son numerosos los testimonios que recoge la bibliografía. El precio de los libros españoles no era competitivo respecto de los producidos en otros centros europeos; tanto las trabas

---

<sup>1</sup> En 1944, en una cena organizada por la Cámara Argentina del Libro en el Alvear Palace Hotel, Gonzalo Losada pronunció un discurso en homenaje a Oteyza. El discurso fue publicado como folleto con el título *En torno a la política del libro* (Buenos Aires, Cámara Argentina del Libro, 1944).



arancelarias como el valor de cambio de la moneda imponían obstáculos para una circulación fluida de las mercaderías; la ausencia de créditos y la exigencia de pago en firme dejaban a los editores españoles en desventaja respecto de los franceses o alemanes; la excesiva demora en los envíos y traslados y las dificultades para dar a conocer las novedades constituían un “puente” de tránsito problemático; las compras desde América a menudo quedaban impagas y, por añadidura, muchos libros que llegaban entraban rápidamente al negocio ilegal de las ediciones fraudulentas. Los problemas reseñados no obstaron para que, en los años anteriores a la Guerra, y en palabras de Larraz, “España había acaparado la práctica totalidad de la producción de libros en español” (2007: 150).

En 1928 se llevó a cabo la Primera Exposición del Libro Argentino en Madrid; la exposición resultó una alerta para las expectativas expansivas de los españoles: la industria editorial argentina comenzaba a dar muestras de una vitalidad hasta entonces poco visible. Como ya ha sido dicho, esa vitalidad en ciernes resultó la causa de dos fenómenos confluyentes: el notable despegue de la edición argentina cuando se extingue la española a partir de 1936, y el hecho de que calificados editores españoles eligieran nuestro país como lugar de residencia a la hora de pensar proyectos editoriales en el exilio. De manera que, contra lo que suele afirmarse, los exiliados españoles que montan en nuestro país las editoriales que serán más influyentes en los treinta años siguientes, no lo hicieron sobre una *tabula rasa*, sino sobre un mercado que ya daba signos de una actividad creciente. En 1938 se llevó a cabo en Buenos Aires el Primer Congreso de Editores, y en ese marco se constituyó la Sociedad de Editores Argentinos; en 1941, la Sociedad obtuvo su personería jurídica con el nombre Cámara Argentina del Libro. En 1943 se realizó la Primera Feria del Libro, al aire libre, sobre la Avenida 9 de Julio, con gran despliegue publicitario. Guillermo Kraft fue el presidente de la Comisión Organizadora, y el vicepresidente, Gonzalo Losada (de Sagastizábal, 1995: 126-128). Como se ve, también el incremento de las actividades asociacionistas vino de la mano de la coyuntura favorable de fines de los treinta.

Planteado sumariamente el estado de las relaciones de la industria española con la argentina en las primeras décadas del siglo, resta señalar el contexto nacional del libro en el momento de creación de Losada. Tres fenómenos confluyen en la caracterización de una realidad nueva: 1) un intenso desarrollo de los centros urbanos, producto de las campañas inmigratorias y de las primeras oleadas de migración interna; 2) la génesis de un nuevo público lector, beneficiario de las campañas



alfabetizadoras, que reclamaba productos diferenciados de la comunicación escrita; 3) en consecuencia, emergencia de numerosos periódicos, revistas y folletos que buscaron responder a esa nueva demanda; de la prensa restringida a los miembros de la elite, se pasó a medios que van adecuando sus lenguajes y formatos, y sus modos de difusión y circulación, a un mercado cambiante y renovado; 4) consolidación creciente de un campo profesional de escritores, periodistas, impresores, editores, tipógrafos y librerías, quienes advirtieron que ese nuevo público constituía un mercado que no solo significaba un sustento económico, un medio de vida, sino también la oportunidad de acceso a una capa de lectores que había modificado significativamente las demandas tradicionales.

Hasta las dos primeras décadas del siglo, Argentina era importadora de libros de alta calidad de factura y productora creciente de libros de baja calidad. Si se observa el período que va de fines del siglo XIX a comienzos del XX, las ediciones consideradas de calidad resultan escasas y todavía producidas con insumos importados, los que encarecían notablemente su costo. De manera que para los hombres del libro existían alternativas disímiles por recorrer. Algunos intelectuales de la elite porteña proyectaron colecciones de cierto impacto cultural pero poco rentables, como la Biblioteca Argentina, que dirigió Ricardo Rojas. Otros, más atentos a las novedades literarias que venían de Europa y con una concepción más dinámica y moderna del intercambio cultural, idearon colecciones especialmente dirigidas al público lector emergente, como Roberto Payró al frente de la Biblioteca de *La Nación*. Peuser y Kraft, inmigrantes alemanes, se destacaron en la edición de libros de calidad material y en la modernización acelerada de las tecnologías de la impresión. Escritores como Manuel Gálvez y Horacio Quiroga emprendieron cooperativas de edición con el fin de evitar la intermediación de editores que, según ellos, se quedaban con la parte del león de las ganancias. Inmigrantes españoles, como Juan Torrendell y Antonio Zamora, se dedicaron al mercado del libro barato y multiplicaron las ediciones populares, de baja factura material y precio económico; a Claridad, la editorial de Zamora, se la suele asociar con la narrativa social identificada con el grupo de Boedo. Un papel central tuvieron inmigrantes de cultura judía, como Manuel Gleizer y Samuel Glusberg, en la edición de la literatura de vanguardia; Gleizer fue el temprano editor de Raúl González Tuñón, Macedonio Fernández, Jorge Luis Borges y Leopoldo Marechal. Por último, en 1933 Victoria Ocampo y la revista *Sur* comenzaron a editar libros y fueron consolidando, con el tiempo, la imagen de una de las formaciones culturales más sólidas y duraderas de nuestro país. Sirvan, pues, estas líneas a manera de



introducción y contextualización del inicio de las actividades de la editorial que nos ocupa.

Gonzalo Losada (Madrid, 1894-Buenos Aires, 1981) llegó al país en 1928 como director de la filial argentina de Espasa-Calpe, y compartió esa tarea con Julián Urgoiti. Cuando la situación política en España se tornó insostenible, y luego de arduos debates sobre las decisiones por tomar, la empresa se trasladó a Buenos Aires y el 22 de abril de 1937 se fundó Espasa-Calpe Argentina. Manuel Olarra, quien estaba encargado de las actividades de la empresa en América, llegó en octubre desde Francia y se hizo cargo de la editorial. Fueron seguramente razones políticas las que produjeron el alejamiento de Losada y Urgoiti; no hay que olvidar que Olarra consolidará aceitadas relaciones con el franquismo y Losada puso de manifiesto en reiteradas ocasiones sus simpatías republicanas. Así lo sostiene Larraz: “Losada, de ideas liberales y republicanas, repudió la inclinación franquista que había adoptado Espasa-Calpe durante la guerra, lo cual acabó por condicionar su política de publicaciones” (2010: 92); similar evaluación traza Gudiño Kieffer: “Ejecutivos de la casa central de España llegaron a Buenos Aires con imposiciones que, entre otras restricciones, implicaban la proscripción de autores argentinos y latinoamericanos, como así también un intento de colonialismo cultural y hasta político, puesto que los textos para publicar deberían ser aprobados previamente en la casa central” (2005: 11-12).

La Editorial Losada se fundó el 18 de agosto de 1938. El grupo fundador estaba integrado, además de Losada, por Guillermo de Torre –que también había trabajado para Espasa-Calpe– como Director Editorial,<sup>2</sup> el destacado artista italiano Attilio Rossi se encargaba del diseño de las tapas, y reconocidos intelectuales como Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, Francisco Romero y Lorenzo Luzuriaga dirigieron colecciones específicas. La impresión de los libros se llevaba a cabo en la imprenta de Juan López. Sobre los inicios de la editorial, la trayectoria del grupo fundador y las primeras colecciones ya se ha escrito lo suficiente, y no es mi objetivo en esta ponencia reseñar lo ya muchas veces reseñado. Mi interés se centra, esta vez, en una suerte de lectura a contrapelo: en lugar de preguntarme cuáles fueron los méritos del proyecto editorial de Losada que lo llevaron a ocupar un lugar central en el mercado de lengua española, preguntarme, por el contrario, cuáles fueron las decisiones que motivaron su declinación. Como hipótesis tentativa, sostengo que esas

---

<sup>2</sup> Esa figura de “Director Editorial”, cercana a una asesoría literaria jerarquizada, fue ejercida, en años posteriores, por Manuel Lamana, Edgardo Cozarinsky, Jorge Lafforgue, Beatriz Guido, Elvio Romero y, ya en los noventa, por Alberto Díaz.



decisiones se focalizan en gran medida en el vasto campo de la literatura argentina y latinoamericana. Por consiguiente, me limitaré a analizar la presencia de esas literaturas (especialmente obras de narrativa) en los sucesivos catálogos editados por Losada en los años 1942, 1958, 1968 y 1998.

### **La literatura argentina**

A poco de andar, la editorial había lanzado seis colecciones (Biblioteca Contemporánea, *Obras Completas* de Federico García Lorca, Cristal del Tiempo, La Pajarita de Papel, Biblioteca Filosófica y Las Cien Obras Maestras de la Literatura y el Pensamiento Universal); en solo un mes, ya había publicado 11 títulos de Contemporánea. En una nota publicada en *La Nación* el 28 de julio de 1974, Gonzalo Losada, a sus ochenta años, rememoró sus inicios editoriales de esta manera: “Me instalé en este país en 1928 y me hice ciudadano argentino en 1940: mis padrinos fueron Ricardo Rojas y Arturo Capdevila...”. Esta afirmación echa luz sobre algo que a primera vista resulta enigmático. Porque, situados a fines de los años treinta, lo primero que uno puede advertir de una lectura de los primeros textos editados por Losada es que se trató de un proyecto ecléctico, abierto, modernizador y liberal progresista. La presencia recurrente de las obras de Rojas y de Capdevila, que arrastran un nacionalismo telúrico y una retórica grandilocuente, entre los títulos de la editorial, solo parece explicarse en esa suerte de deuda espiritual que Losada contrajo con ellos. A Rojas comenzó a editarlo en 1939, publicó en 1948 la segunda edición de su *Historia de la literatura argentina* en 8 tomos y en el catálogo de 1958 siete títulos ocupan un lugar especial, equivalente a una colección: “Libros de Ricardo Rojas”, “uno de los más altos valores de América”. Es evidente entonces que las obras de Rojas y Capdevila daban el tono “clásico” –y aun anacrónico– al proyecto, mientras que el carácter modernizador de la empresa, si hablamos de literatura argentina, venía por otro lado.

Me refiero al lugar dominante que ocupan en la Biblioteca Contemporánea las obras de Roberto Payró, Manuel Gálvez, Horacio Quiroga y Roberto Arlt. Llamativamente, se trata de cuatro autores repetidamente convocados por la crítica y la historia literaria toda vez que se habla del proceso de profesionalización de nuestros escritores. Payró fue un activo periodista y dirigió durante seis años la Biblioteca de *La Nación*, un proyecto de alcance popular, cosmopolita y, al menos en sus explícitas intenciones, una guía moral para los nuevos lectores. Manuel Gálvez, cansado, según él mismo lo afirma, de ser engañado por sus editores –a juzgar por la venta de sus



novelas, el diagnóstico es verosímil: algunos de sus títulos, como *La maestra normal* y *Nacha Regules*, fueron notable éxitos y multiplicaron rápidamente sus ediciones—, fundó y dirigió entre 1917 y 1925 la Cooperativa Editorial Buenos Aires. En los años veinte proliferaron la producción y el consumo de folletos con contenidos literarios a veinte centavos; según lo ha estudiado Beatriz Sarlo (1986), esos folletos estuvieron condenados por los representantes de la alta cultura al infierno de la mala literatura, de donde los escritores con cierto prestigio acumulado solían esconderse en seudónimos y aparecían camuflados en aquellas páginas bochornosas. Horacio Quiroga no solo no se avergonzaba de aparecer en esas colecciones sino que además dirigió una de las más exitosas, *El Cuento Ilustrado*. Por su parte, Roberto Arlt se ha transformado con el tiempo en el epítome de una laboriosa profesionalización autodidacta, ligada a la columna diaria para el periódico y a las novelas escritas en ratos libres gracias a la “prepotencia de trabajo”; es considerado, además, el creador para nuestro país de la crónica urbana moderna. He reseñado brevemente estas trayectorias con el fin de caracterizar el proyecto de Losada; no se trataba estrictamente de contemporáneos; de hecho, dos de ellos ya habían muerto cuando se fundó la editorial. Tampoco ingresaron al catálogo en los mismos años: Payró en el '39, Gálvez en el '42, Quiroga en el '54, Arlt en el '58. Pero vistos en conjunto en el catálogo que estamos analizando, el de 1958, y adoptando una perspectiva de largo plazo, esas diferencias se aplanan y definen una estrategia del primer período de la editorial: apostar por un tipo de literatura argentina identificada con el realismo estético y de alcance popular, en un arco que puede trazarse desde *Pago chico* a *Nacha Regules*, y de *Los desterrados* a *El juguete rabioso*. Esa estrategia moderna se define también por sus omisiones: salvo en algunas colecciones escolares y en recatalogaciones posteriores, en las que se advierten las presencias aisladas de *Martín Fierro* y de *Facundo*, la Argentina colonial y del siglo XIX argentino está por completo ausente del catálogo;<sup>3</sup> estrategia que enlaza con los criterios de selección y exclusión de títulos de colecciones pioneras como la Biblioteca de *La Nación* y *La Cultura Argentina*, que dirigió José Ingenieros.

Diferente fue la incorporación en el proyecto editorial de la literatura de vanguardia, más esporádica y vacilante. En la colección *Poetas de España y América* se advierten pocos nombres identificados con las novedades de la vanguardia, entre

---

<sup>3</sup> El *Martín Fierro*, con estudio, notas y vocabulario de Eleuterio F. Tiscornia, se editó tempranamente, en 1939, en la colección *Textos Literarios* y fue un gran éxito de ventas. Un año después y en la misma colección se editó *Poetas gauchescos*. *Hidalgo*, *Ascasubi*, *Del Campo*, también anotado por Tiscornia. Sin embargo, en el catálogo de los sesenta esa colección ya aparece como “agotada”.



ellos, el de Oliverio Girondo, de quien se publica la primera edición de *Persuasión de los días* en 1942 y una reedición de *En la masmédula* en 1956. Esos pocos títulos contrastan con los numerosos de autores más representativos de una lírica tradicional, como Francisco Luis Bernárdez y Pablo Rojas Paz. Algunas apuestas a futuro resultan significativas, como la edición del primer libro de poemas de Olga Orozco, *Desde lejos*, en 1946. Pero más desconcertante aun parecen las decisiones en el campo de la narrativa respecto de la generación de los cuarenta. La editorial puede exhibir con orgullo dos títulos memorables: las primeras ediciones de *La invención de Morel*, de Adolfo Bioy Casares, en el inicio de la década, y de *El aleph*, de Jorge Luis Borges, en 1949. Sin embargo, esos logros se diluyen rápidamente: por un lado, Bioy solo visitará una vez más el catálogo de Losada, con *El sueño de los héroes*, de 1954; por otro, Borges iniciará, hacia 1953, su estrecha relación con la Editorial Emecé, que será casi exclusiva hasta la muerte del autor en 1986.<sup>4</sup> La vinculación de ambos escritores con Losada, por tanto, se limitó a aquellos clásicos y a algunas obras menores en colaboración. En 1944, se reeditó *Papeles de reciénvenido. Continuación de la nada*, de Macedonio Fernández, en la colección Novelistas de Nuestra Época; es el único título del autor en Losada y en el catálogo de 1968 ya figura como agotado. Más acá en el tiempo, la historia parece repetirse: en 1961, aparece *Las invitadas*, de Silvina Ocampo, y esa narrativa personalísima y transgresora no vuelve a publicarse con el sello de Losada.<sup>5</sup> En 1966, la editorial lanzó en la colección Cumbre *Obras de ficción*, y en 1970 *Ensayos*, dos antologías de textos de Ernesto Sabato, que aparecieron incluso en edición de lujo encuadernada en tela; buscaba de este modo cubrir la ausencia del exitoso escritor en el catálogo –téngase en cuenta que su novela más vendida, *Sobre héroes y tumbas*, es de 1962–, en el que solo se encontraba la primera edición de un texto menor, *Tango. Discusión y clave*, de 1963.

En suma, no conocemos las razones de estas vacilaciones y discontinuidades, solo podemos conjeturar que una concepción estética demasiado estrecha o conservadora por parte de quienes tomaban las decisiones fueron dejando a la editorial al margen de los procesos de renovación literaria que habían encontrado en Gleizer o en Sur espacios adecuados de difusión. Porque no solo autores de la envergadura de Borges y Bioy dejaron la editorial y se afincaron en Emecé. Si volvemos por un momento a fines de los cuarenta, advertiremos que la pujante Editorial Sudamericana publicó, en 1948, *El túnel*, de Ernesto Sabato, y *Adán*

<sup>4</sup> La relación de Borges con Emecé era, más que con Bonifacio del Carril, con Carlos Frías, quien quedó a cargo de la colección El Séptimo Círculo, cuando Borges y Bioy Casares abandonaron la dirección.

<sup>5</sup> Solo publicará, diez años después, un libro de poemas de Silvina Ocampo, *Amarillo celeste*, de 1972.





Buenosayres, de Leopoldo Marechal, y tres años después, en 1951, *Bestiario*, de Julio Cortázar, y *Misteriosa Buenos Aires*, de Manuel Mujica Láinez. Iniciaba de este modo un proceso de captación de autores y obras que le permitirá colocarse en el centro de la escena ya entrados los años sesenta; y comenzaba, correlativamente, el debilitamiento de la presencia de Losada en el mercado de autor nacional.

Igual de esporádica fue la apuesta de la editorial por consolidar la tradición realista. Los escritores que se adscribieron ya sea a un realismo urbano, en la línea artiana, o a un realismo rural, tras los modelos de Benito Lynch o Alberto Gerchunoff, fueron rompiendo con el pintoresquismo propio de ciertas formas del color local, para acentuar la crítica social y la denuncia explícita, y muchos de ellos encontraron en la Editorial Lautaro –un sello afín al Partido Comunista que dirigió desde 1943 Sara Maglione de Jorge– su espacio “natural” para dar a conocer sus textos (Clementi, 2004). Solo un par de nombres pueden citarse dentro del catálogo de Losada. Por un lado, tres novelas de Bernardo Verbitsky, quien inicia tempranamente su vínculo con la editorial con *Es difícil empezar a vivir*, de 1941; por otro, las novelas de Ernesto Castro, de quien la editorial publicó *Los isleros*, en 1943, una novela que cobró súbita fama cuando, ocho años después, Lucas Demare la llevó con éxito al cine; más adelante, ya en los sesenta, se destaca la incorporación al sello de Bernardo Kordon, un notable narrador, con *Vagabundo en Tombuctú-Alias Gardelito* (1961); diez años después, *A punto de reventar*, y tres textos más hasta *Bairestop*, del '75. Si proyectamos el análisis desde los primeros títulos hasta bien entrados los sesenta, las políticas discontinuas respecto de la literatura nacional parecen agudizarse. En 1961 Juan Carlos Portantiero dio a conocer su ya clásico análisis sobre la literatura de aquellos años: *Realismo y realidad en la narrativa argentina*; tituló el capítulo IV de su libro “A la realidad por el compromiso” y allí dedicó un espacio destacado a dos autores, representantes de cierto “realismo crítico” que el autor se ocupa de deslindar y someter a escrutinio. Uno de ellos, David Viñas, había publicado sus obras en diferentes sellos; en 1959, Losada logra editar una de las más destacadas por la crítica, *Los dueños de la tierra*; sin embargo, una vez más la falta de continuidad en las apuestas estéticas dejaron a aquella novela como la única del narrador que figurará en los catálogos de Losada. La otra autora citada por Portantiero es Beatriz Guido y en este caso la actitud será diferente: entre 1956 y 1970, Losada publicó cinco títulos de Guido y la transformó en una de sus firmas emblemáticas. En una referencia a los “best sellers 1964” aparecida en el semanario *Primera Plana* el 26 de enero de 1965, se afirma que *El incendio y las vísperas*, la novela de Guido, había vendido 10.000



ejemplares en cinco semanas, y que el otro suceso de la editorial fue Jean-Paul Sartre y *Las palabras*, que vendió 6.000 en solo dos semanas.<sup>6</sup> Otra autora identificada con los sesenta, Martha Lynch, comenzó a publicar con Losada a mediados de la década, pero sus mayores éxitos, como *La señora Ordoñez*, los editará Sudamericana.

En síntesis, no es que Losada descuidó la narrativa de vanguardia o las diversas variantes del relato fantástico para apostar con más energía a la tradición realista; también en esta línea pueden advertirse políticas erráticas que provocan la dispersión de los esfuerzos y el debilitamiento de la presencia editorial; en este sentido, el éxito de Beatriz Guido puede leerse como la excepción que confirma una tendencia. Ya en 1980, en plena dictadura, y gracias a la gestión de Jorge Lafforgue, Losada logró un notable e inesperado éxito de ventas con *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, la controvertida novela de Jorge Asís que rápidamente se colocó en el centro de los debates entre los autores que habían sufrido exilio y aquellos que, como Asís, se habían quedado en el país; hacia 1984, había superado los 100.000 ejemplares vendidos.

### La literatura latinoamericana

En el artículo de *Primera Plana* ya citado, Gonzalo Losada insiste en una afirmación que solía repetir a menudo: “Esta es una editorial hispanoamericana”; sin embargo, en esta vocación americanista se fue encontrando con los mismos obstáculos; en primer lugar, habría que decir que esa vocación es algo tardía: casi no existen títulos de autores hispanoamericanos en el catálogo de 1942, solo unos pocos de autores argentinos. En ese catálogo, ya se registraban 88 títulos en la Biblioteca Contemporánea; frente a una abrumadora mayoría de autores españoles y de obras traducidas, aparecen 13 títulos de autor argentino y un ensayo de Pedro Henríquez Ureña, el único “hispanoamericano” presente en la abultada nómina. La incorporación posterior de autores latinoamericanos tuvo dos anclajes privilegiados: la colección *Novelistas de Nuestra Época* y la Biblioteca Contemporánea, y las obras narrativas que se fueron publicando tuvieron, en su mayoría, una referencia estética común.

La abundante bibliografía sobre la literatura de nuestro continente durante la primera mitad del siglo ha calificado como “novelas de la tierra” a un conjunto de textos

---

<sup>6</sup> Un libro de Sartre que vende 6.000 ejemplares en dos semanas es, visto desde el presente, un dato completamente inverosímil. Sin embargo, en aquel contexto todo resultaba diferente. Cuando la bibliografía insiste en la impronta sartreana que *marcó* a los sesenta, no se suele mencionar la venta de sus libros, que no es un dato para nada desdeñable. Por ejemplo, la editorial Tiempo Contemporáneo publicó en un año tan conflictivo como 1975 el primer tomo del extenso estudio de Sartre sobre Flaubert, *El idiota de la familia*, un libro que, por su dimensión y características, hoy no parecería en absoluto rentable.



producidos y publicados aproximadamente entre 1920 y 1940. La nominación tiene que ver con el papel protagónico que cumple la naturaleza en sus múltiples formas de manifestación y el rol de personajes que parecen predicados de esas fuerzas: crueles explotadores y sufrientes explotados; novelas en muchos casos de denuncia de desigualdades flagrantes que focalizaron esos males en las clases más vulnerables, de ahí que a algunas de ellas se las identifique como “criollistas” o “indigenistas”: *Raza de bronce* (1919) del boliviano Alcides Arguedas, *La vorágine* (1924) del colombiano José Eustasio Rivera, *Don Segundo Sombra* (1926) del argentino Ricardo Güiraldes,<sup>7</sup> *Doña Bárbara* (1929) del venezolano Rómulo Gallegos, *Huasipungo* (1934) del ecuatoriano Jorge Icaza, *El mundo es ancho y ajeno* (1941) del peruano Ciro Alegría, entre otras. Este brevísimo excursus se justifica porque esas obras tendrán un lugar preponderante en el catálogo de Losada. Precisamente en 1942 (año del primer catálogo que revisamos), Losada editó *La vorágine*, la afamada obra de Rivera; en 1945, *Raza de bronce*, la novela indigenista de Alcides Arguedas. De allí en adelante, se confirma una tendencia que guarda relación con lo ya señalado respecto de la narrativa argentina: en las decisiones editoriales parece prevalecer una preferencia por las temáticas sociales y las variadas estéticas del realismo. En esa línea, y a partir de la publicación de *Huasipungo* en 1953, Losada incorporó cuatro títulos de Jorge Icaza. Unos años después, en 1958, se lanzó la primera edición de *Los ríos profundos*, del peruano José María Arguedas, uno de los hitos editoriales del “hispanoamericanismo” de Losada; el resto de la obra de Arguedas irá apareciendo en el sello pero ya no en primeras ediciones, salvo las desgarradas memorias del autor que Losada publicó póstumamente, en 1971, con el título *El zorro de arriba y el zorro de abajo*.<sup>8</sup> Algo tardíamente –incluso se podría decir algo anacrónicamente–, a partir de 1961 se comenzó a publicar la obra de Ciro Alegría: un total de ocho títulos en tres colecciones diferentes, incluido *El mundo es ancho y ajeno*. Como se advierte, del conjunto de autores y obras latinoamericanas que la crítica ha caracterizado como “novelas de la tierra”, solo está ausente el venezolano Rómulo Gallegos, que por los mismos años estaba publicando con frecuencia Espasa-Calpe en la colección Austral.

A este conjunto de autores, aunque con una poética personal que lo diferencia del resto, puede sumarse la obra de Miguel Ángel Asturias. Dos años después de la

<sup>7</sup> La primera edición de *Don Segundo Sombra* en Losada fue publicada a poco de fundarse la editorial, en marzo de 1939.

<sup>8</sup> Losada trabó una intensa amistad con José M. Arguedas: “Para mí, su suicidio fue como si se tratara del de un hermano” (en Gudiño Kieffer, 2005: 33).



edición original, Losada publicó, en 1948, *El señor presidente*,<sup>9</sup> desde entonces, dará a conocer buena parte de la obra del guatemalteco, en algunos casos, como *Hombres de maíz* (1949) y *Mulata de tal* (1963), en primeras ediciones. La relación de Losada con Asturias se afianzó con la llegada del escritor a Buenos Aires con un cargo diplomático en 1947, y podemos conjeturar que el Premio Nobel que obtuvo veinte años después dio nuevo impulso a la venta de sus libros; prueba de ello es que, mientras numerosos autores ya habían sido dados de baja, en el catálogo de 1998 todavía se incluyen sus obras, en sucesivas reediciones. Otro hito significativo en el americanismo de la editorial fue la primera edición de *Hijo de hombre*, de Augusto Roa Bastos, que obtuvo el Premio Internacional de Novela de Losada en 1959. Parece evidente que la presencia de algunos autores en Buenos Aires, como Asturias y Roa Bastos –e incluso, antes, Pablo Neruda, que había llegado en 1933 como Cónsul de Chile– favoreció un tipo de relación más fluida con la editorial que facilitaba la incorporación de sus obras al catálogo. Sabemos que eso mismo ocurrió con escritores españoles radicados en la ciudad, como Francisco Ayala, Ramón Gómez de la Serna y Rafael Alberti, todos con fuerte presencia en el proyecto de Losada (Macciuci, 2006). Otros autores, que años después obtuvieron el reconocimiento de la crítica y del público, encontraron un temprano eco en la editorial, pero no volvieron a publicar en ella; tal el caso de *Tierra de nadie* (1941), del uruguayo Juan Carlos Onetti, y *El acoso* (1956), del cubano Alejo Carpentier. Ya entrados los setenta, Losada encontró un éxito de ventas en la obra del brasileño Jorge Amado, de quien publicó once títulos a partir de 1969, año en que aparecieron en Argentina *Doña Flor y sus dos maridos* y *Gabriela, clavo y canela*.

En suma, no es poca la presencia latinoamericana en el catálogo; sin embargo, el cotejo de las fechas pone de manifiesto cierto desfasaje, como si la editorial fuera tras esas novelas con años de retraso, lo que tuvo dos consecuencias evidentes: a) las novelas que hemos comentado ocupan un lugar central en el catálogo en los cincuenta y los sesenta, cuando ya el peso estético del realismo denunciador era severamente cuestionado por las nuevas generaciones; b) la editorial fue perdiendo protagonismo precisamente durante la emergencia de esas nuevas camadas de autores, quienes serán las figuras visibles del proceso de internacionalización de nuestra literatura que se ha simplificado como el *boom* de la novela latinoamericana.

Se sabe que la editorial Sudamericana fue uno de los mascarones de proa de esa nueva narrativa. En otro lugar señalé algo que podría resultar, a primera vista,

---

<sup>9</sup> La primera edición la había financiado el propio autor y había aparecido en 1946 en la editorial Costa Amic, de México.



paradójico: los llamativos índices de venta de novelas emblemáticas del período – como *Sobre héroes y tumbas* (Ernesto Sabato, 1962), *Rayuela* (Julio Cortázar, 1963), *Cien años de soledad* (Gabriel García Márquez, 1967), *Boquitas pintadas* (Manuel Puig, 1969)– coinciden con una curva declinante en el desarrollo de la industria editorial argentina. La paradoja puede explicarse de este modo: a medida que Argentina iba perdiendo mercados externos por la recuperación de la industria española y el ascenso de la mexicana, encontraba en el mercado interno los recursos para su sostenimiento y consolidación. Ahora bien, todo parece indicar que al no haber podido, o sabido, redireccionar las políticas editoriales de la empresa hacia ese movimiento de modernización literaria y cultural, Losada inició su declive. Así, el conocido episodio de Guillermo de Torre y su negativa, hacia 1951, a que *La hojarasca* fuera publicada por Losada es, en este contexto de análisis, mucho más que una anécdota: es la evidente incompreensión de un tipo de narrativa que surgía por entonces tímidamente; al decidir no publicarla, Losada se iba quedando cada vez más fuera de la gran discusión estética de los siguientes años. Quizás este episodio deba relacionarse con los libros ya mencionados de Onetti y Carpentier, los únicos títulos de los autores que publicó Losada;<sup>10</sup> quiero decir que los escritores que años después fueron identificados con el *boom* son precisamente los que no volvieron a aparecer en el catálogo de Losada. A pesar de que esa incompreensión quedó ligada, quizás injustamente, a la figura de De Torre, la mayoría de los testimonios (y entre ellos el de Jorge Lafforgue, que trabajó largos años para la editorial) dan cuenta de un cambio significativo hacia 1955. La caída del peronismo permitió el ingreso a las universidades de buena parte del grupo fundacional, de donde la coherencia inicial se fue resquebrajando; además, la muerte de algunos de ellos (Henríquez Ureña en 1946, Amado Alonso en 1952, Luzuriaga en 1959) fuerza un recambio generacional. En esa coyuntura cobraron más fuerza las decisiones del propio Losada (sin mediación de los especialistas que dirigían las colecciones) y creció el peso relativo, en esas decisiones, del departamento comercial. Lo que resulta paradójico: cuando la editorial resigna capital simbólico en busca de una mejora económica es cuando le empieza a ir peor...<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Dos novelas de Carpentier fueron publicadas por Losada, pero mucho después, a mediados de los noventa.

<sup>11</sup> Gonzalo Pedro Losada, en una nota publicada en 1968, se quejaba del proceso inflacionario como una de las causas de la crisis de la empresa: “Cuando *La metamorfosis*, de Kafka, inició la serie, cuidadosamente encuadernada, el precio de venta al público, por unidad, marcaba tres pesos. Al ser borrada del catálogo en 1951, el tomo se vendía en trece pesos. Hoy, si volviera a los escaparates de las librerías, cada ejemplar treparía muy cerca de los mil pesos, el mejor índice del proceso inflacionario que viene viviendo el país” (en *Primera Plana*, agosto de 1968).



## Coda

Antes de que se me objete, sé que queda mucho por analizar. Por ejemplo, en el campo del americanismo que hemos reseñado, fue repetido orgullo de la empresa haber dado a conocer al mundo la obra de Pablo Neruda, desde que en 1944 publicó su poemario más difundido *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*; en setiembre de 1964, Losada anunció que había llegado al millón de ejemplares vendidos.<sup>12</sup> Por ejemplo, en el campo de la literatura española, en el que la obra de la editorial resultó decisiva, ya que, acaso por afinidades personales e ideológicas, las apuestas de la empresa estuvieron más cerca de las novedades que imponían las vanguardias poéticas.<sup>13</sup> Por ejemplo, en el campo de la literatura traducida, en especial, la de origen francés e italiano, que encontró en Losada el vehículo de difusión en nuestra lengua de la narrativa existencialista de Jean-Paul Sartre y Albert Camus,<sup>14</sup> y del neorrealismo de Alberto Moravia y Vasco Pratolini, entre tantos otros. Por ejemplo, en el campo del arte dramático; su estupenda colección El Gran Teatro del Mundo resultó un espacio de modernización y actualización a partir de una notable serie de firmas y de títulos, como Arthur Adamov, Jean Anouilh, Ugo Betti, Jean Genet, Eugène Ionesco, Arthur Miller...<sup>15</sup>

Buena parte de la bibliografía sobre el mundo editorial se compone de apologías, homenajes y panegíricos. En estas líneas, no he pretendido ni atenuar ni minimizar el extraordinario aporte que la editorial Losada significó en nuestro desarrollo cultural. Solo creí, a manera de hipótesis tentativa, que en el análisis de sus decisiones en el campo de la narrativa argentina y latinoamericana podían encontrarse las razones y las causas de la progresiva pérdida de la centralidad del sello en el campo literario argentino y de su declive final. No fue la editorial de las vanguardias,

---

<sup>12</sup> A esta temprana incorporación, habría que agregar la primera edición de *Poesías completas (1918-1938)*, de César Vallejo, publicado en 1949. Más adelante, su obra fue desagregada por títulos en la Biblioteca Clásica y Contemporánea.

<sup>13</sup> En el catálogo de 1958 figuran cerca de 1220 títulos; de ese total, poco más del 50 % es de autor español.

<sup>14</sup> El editor catalán Jorge Herralde cuenta una historia de sus inicios que muestra la envergadura que había alcanzado Losada en Francia: "Tuvimos la idea magnífica de publicar las obras completas de Sartre y de Camus, lujosamente editadas para sortear la censura. En París hablamos con Gallimard, y ahí se acabó la aventura. Nos dijeron que no le iban a quitar los derechos a Losada para dárselos a unos pipiolos como nosotros" (en *La Vanguardia*, 5 de junio de 1994; entrevista de Josep Massot y Llätzer Moix).

<sup>15</sup> Aunque no nos ocuparemos aquí de la literatura traducida, resulta significativo que en ese campo las apuestas suelen ser más radicales. Quiero decir que Losada parece una editorial más vanguardista y renovadora cuando se trata de literatura traducida y más conservadora cuando se trata de literatura en español. El catálogo de El Gran Teatro del Mundo es, en ese aspecto, bien ilustrativo. Además, para apuntar un caso hartamente conocido, en los mismos meses que empezaban a publicar por ejemplo a Payró, inauguraban La Pajarita de Papel con *La metamorfosis*, en la traducción apócrifa de Borges.



como lo fueron Gleizer, Sur o Santiago Rueda; no fue la editorial de los sesenta, como Eudeba, Jorge Álvarez o De la Flor; no fue la editorial del *boom*, como Sudamericana; mucho menos la editorial de los *best sellers*, como en parte lo fue Emecé. Todavía, en la bibliografía, se la recuerda como “la editorial de los republicanos exiliados”, y ese mote, que en un momento la enorgulleció, pudo haberla teñido, treinta años después, de cierto anacronismo involuntario, de una pátina de bronce que la iba dejando fuera de la escena.

Ya en los sesenta, los números de la empresa no estaban bien. El editor español Javier Pradera ha confesado que “nosotros, en los años sesenta, en Alianza, estuvimos a punto de comprar Losada, que andaba ya muy mal, y Don Gonzalo Losada no quiso nunca” (Lago Carballo y Gómez Villegas, 2007: 122). Gonzalo Losada murió el 18 de marzo de 1981. Xavier Moret ha reseñado el resto de la historia: “lo sucedió su hijo, Gonzalo Pedro Losada, que se encontró con múltiples problemas económicos. En 1989, dos auditorías concluyeron que era necesario reflotar la editorial y se hizo cargo de ella el asturiano radicado en Argentina José Juan Fernández Reguera, que en 1990 compró la mayoría de las acciones y fue nombrado presidente” (2002: 160-161). En un artículo publicado en *Clarín* en 2000, la periodista y escritora Matilde Sánchez (2000) afirma que Losada se había convertido en “poco más que una librería bien surtida”. El año pasado, en varios medios de comunicación, y en una gran fiesta en el Hotel Alvear, Fernández Reguera celebraba enfáticamente, con orgullo heredado, los setenta y cinco años de la firma.

### **Bibliografía**

- CLEMENTI, Hebe (2004). *Lautaro. Historia de una editora*. Buenos Aires, Leviatán.
- DE SAGASTIZÁBAL, Leandro (1995). *La edición de libros en la Argentina. Una empresa de cultura*. Buenos Aires, Eudeba.
- ESPOSITO, Fabio (2010). “Los editores españoles en la Argentina: redes comerciales, políticas y culturales entre España y la Argentina (1892-1938)”. Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, tomo II. Buenos Aires, Katz: 515-536.
- GUDIÑO KIEFFER, Eduardo (2005). *Losada. Gonzalo Losada, el editor que difundió el libro argentino en el mundo*. Buenos Aires, Dunken.



- LAGO CARBALLO, Antonio y Nicanor GÓMEZ VILLEGAS (eds.) (2007). *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana (1936-1975)*. Buenos Aires, FCE/Siruela.
- LARRAZ ELORRIAGA, Fernando (2007). "Los editores españoles ante los mercados de lectura americanos (1900-1939)". *Cuadernos Americanos*, nº 119, enero-marzo: 131-150.
- LARRAZ ELORRIAGA, Fernando (2010). *Una historia transatlántica del libro. Relaciones editoriales entre España y América latina (1936-1950)*. Gijón, Trea.
- MACCIUCI, Raquel (2006). *Final de Plata Amargo. De la vanguardia al exilio: Ramón Gómez de la Serna, Francisco Ayala, Rafael Alberti*. La Plata, Ediciones Al Margen.
- MARTÍNEZ RUS, Ana (2001). "El comercio de libros: los mercados americanos". Jesús Martínez Martín (ed.), *Historia de la edición en España 1836-1936*. Madrid, Marcial Pons: 269-305.
- MORET, Xavier (2002). *Tiempo de editores. Historia de la edición en España, 1939-1975*. Barcelona, Destino.
- SÁNCHEZ, Matilde (2000). "La novela del libro argentino. Los nuevos dueños de la máquina cultural". *Clarín. Zona*, 23 de abril: 3-5.
- SARLO, Beatriz (1986). *El imperio de los sentimientos*. Buenos Aires, Catálogos.

### Datos del autor

José Luis de Diego es doctor en Letras y profesor de Introducción a la Literatura y Teoría Literaria II de la Universidad Nacional de La Plata. Ha sido Decano de la Facultad de Humanidades de la UNLP (1992-1998 y 2001-2004) y Director del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET) (2009-2013). Ha publicado: *Roland Barthes. Una Babel feliz* (1994); "¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?" *Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)* (2001); *La verdad sospechosa. Ensayos sobre literatura argentina y teoría literaria* (2006); *Una poética del error. Las novelas de Juan Martini* (2007); y, como director de volumen: *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)* (2006; segunda edición ampliada, 2014); *La teoría literaria hoy. Conceptos, enfoques, debates* (en colaboración con José Amicola, 2008); y *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición* (2015); además de numerosos artículos en revistas nacionales e internacionales. Ha dictado cursos y conferencias en las Universidades





de Buenos Aires, Rosario, Sur, Trieste, Ljubljana, Salamanca, Granada, Islas Baleares, Oviedo, Köln, Angers, Poitiers, City University of New York, y en el CSIC (Madrid), entre otras. Desde 2011 codirige con Sylvia Saïtta la colección “Serie de los Dos Siglos” para Eudeba. Se ha especializado en temas de historia intelectual, teoría literaria, literatura argentina y, más recientemente, industria editorial.